memoria, que el uso de la escritura vino después á debilitar tanto, debió de haber tenido, por el constante ejercicio, un extraordinario poder de retención. Fué, como todo en aquellos tiempos, heroica. Sin embargo, astuta como Odiseo, se valía de mil artificios contra las ocasiones de olvido. El pueblo griego, con sapientísimo buen juicio, fué un tenaz conservador de las formas literarias tradicionales que subsistieron durante todo el ciclo épico, aun cuando encubrieran audaces novedades poéticas. Los poemas homéricos están plagados de epítetos permanentes, inmutables, que se aplican con una fidelidad escrupulosa á los Dioses y á los Héroes, convengan ó no á sus diversas situaciones y condiciones en las múltiples fases del desarrollo épico. Son epítetos que están adheridos definitivamente á los personajes, como la piel está adherida á los músculos. Heré, irritada ó contenta, excitando la discordia ó amando á Zeus, es siempre «la de los ojos bovinos;» Héfestos, quieto en el descanso ó apresurado y jadeante en la labor, es siempre «el ilustre Cojo;» Afrodita, lastimada por la lanza brutal de Diomedes ó atándose con broches de oro el cinturón de las voluptuosidades, es siempre «la blanca Diosa que ama las sonrisas;» Odiseo, en el clamoroso agora ó en la turbulenta brega, es siempre «el sutil que se complace en el dolo y el embuste;» Agamemnón, heroico en la pelea ó autoritario en el consejo, es siempre «el rey de los hombres que manda á

lo lejos;» y Aquiles, en el aislamiento sombrío de la tienda ó su vertiginosa carrera inmensa alderredor de la muralla de Ilios, es siempre «el divino de los rápidos pies.» Las descripciones verdaderamente homéricas de La Ilíada* no son difusas ni minuciosas, son siempre claras y esenciales; por la pureza de sus contornos y por la concentración palpitante de sus elementos en imágenes simples, fuertes y diáfanas, *se graban en el espíritu con la persistencia de verdaderas impresiones visuales*. Las comparaciones, esas antorchas del recuerdo, que, cuando son precisas y sobrias, ayudan tanto á la memoria, dándole puntos de referencia, *están escalonadas* en la epopeya *como señales* y *distribuidas como guías* en todos los momentos culminantes de la acción dramática. Los diálogos, tan animados, tan íntimamente tejidos en la narración, y que tanto acentúan los tipos de los personajes, se caracterizan por una monotonía que consiste en que *las palabras pronunciadas por uno de los interlocutores son casi siempre repetidas por el otro, en todo ó en parte*. Por último, los diálogos y las narraciones *se apoyan mutuamente, repitiendo éstas, en relatos concretos, lo que aquéllos habían*

* Estas ideas relativas á los elementos mnemotécnicos del poema, son enteramente originales, y las someto al examen de los que sean capaces de poner *todo su amor* en los estudios de alta literatura. Ahora las indico, algún día las explayaré.

rrer de los exámetros á las turbas troyanas, entre la polvareda de los carros y los desastres del atropello y los exterminios de la confusión, con el vuelo enloquecido de una ráfaga de pánico, era la Lengua humana y sinfónica de los huracanes épicos que sacudía en un inmenso delirio patriótico y religioso el alma de todo un pueblo! *

En un principio, el mismo aeda se ponía en comunicación directa con el público, acompañando su recitación melodramática con los acordes de la cítara. Los primeros homéridas así lo hacían: cantaban sus propias creaciones poéticas, como el Demodokos de La Odisea, como el ciego del Himno á Apolo. Después, se diferenciaron las funciones del poeta creador y del rapsoda recitador. Una cosa fué el arte de componer y otra el arte de recitar; y la recitación, como la poesía, empezó á formar el objeto de una enseñanza y de un aprendizaje especiales. Los rapsodas, que probablemente surgieron, como he dicho, de los aficionados que atraía el genio de los poetas, acabaron por formar, con el tiempo, una clase muy numerosa, dedicada con grandísimo éxito á la recitación primero, á la recitación y al comentario después, de los poemas homéricos, —concurriendo como competidores á disputarse premios en las fiestas y en los certámenes públicos de toda la Grecia. Y fué tanta su in-

* Platón, en un diálogo satírico, «Ion,» caracteriza de admirable manera el arte fogoso y mímico de los rapsodas.

fluencia, que Solón expidió un reglamento legislativo que normaba las recitaciones rapsódicas en los programas oficiales de las fiestas, con el objeto de que la sucesión regular de los cantos épicos desenvolviese ante los athenienses la epopeya homérica en toda su integridad. Pero, haciéndose sentir cada día con más urgencia la necesidad de tener un texto escrito de los poemas, que evitara los naturales desacuerdos y los frecuentes debates de los rapsodas, Pisístrato logró, á fuerza de inteligencia y de constancia, dotar á la Grecia de un manuscrito definitivo de la obra de los Homéridas; y, conforme á él, los rapsodas fueron obligados á declamar en las Panatheneas, las dos epopeyas completas —La Ilíada y La Odisea,— alternándose en la recitación.—Esto nos parece excesivo, acostumbrados, como estamos, á dosis cada vez más pequeñas de poesía y á las frivolidades de un arte de lujo; pero el griego, que en Athenas escuchaba, en una sola fiesta, nueve tragedias, tres dramas satíricos y otras tantas comedias, era insaciable de belleza, y las Horas ligeras que manejan el carro del tiempo, detenían su marcha ante el maravilloso espectáculo de un pueblo completamente absorto en la evocación poética de su pasado . . . .

Y qué injusta es, señores, la mordaz ironía de Sókrates dialogando con Ion! La Ilíada y La Odisea vivieron en el recuerdo gracias á los rapsodas: ellos fueron los intermediarios entre los versos de los poetas

y las almas de los pueblos; su voz poderosa fué el libro viviente y patético que divulgó la santa epopeya nacional; por ellos está humanizada en la imaginación de los hombres la venerable figura del antepasado mítico de los Homéridas, del errante Homero, alimentado de poesía por las Musas para que, á su vez, fuera el nutricio divino de la blanca Grecia; y por ellos y sólo por ellos llegan todavía á nuestros oídos —como un coro de notas argentinas— las palabras de las jóvenes vírgenes de Delos: «El más harmonioso de los Aedas es un hombre ciego, habita la roqueña Kios y sus cantos serán los mejores en el porvenir!»

Septiembre, 1903.

II

LA POESÍA ÉPICA GRIEGA

LA ILÍADA

puesto en forma activa y viviente ante nosotros, ó viceversa.—Á esta simetría interna ó literaria, corresponde la simetría exterior ó material que resulta del tamaño necesariamente uniforme de las escenas que integran los cantos y de los cantos que forman la epopeya; y debido á esto, después de leerla, nuestro espíritu, en vez de sentirse desorientado y abrumado, como cuando hacemos un peligroso viaje á través de las grandiosas monstruosidades de la Biblia, se siente alígero y festivo en ese mundo azul de formas luminosas y bellas, y en la cima de nuestro recuerdo, como en la somidad de un Akrópolis, La Ilíada se alza envuelta en la gloriosa clámide de Helios, con las proporciones serenas, blancas y puras de un Templo consagrado á los Dioses y á los Héroes por el genio humano!

VI

Después de leerla, he dicho. Y de leerla cómo, Dios mío, traducida á la prosa opaca y profanadora! Entonces no había lectores inclinados en sus gabinetes silenciosos sobre las silenciosas páginas de un libro, en largas confidencias con los renglones discretos; sólo había oyentes en tumultuosos auditorios que recogían con aclamaciones los oráculos sagrados de la Musa, que les revelaba los esplendores de su pasado divino y heroico; y necesitamos apelar á todas nuestras facultades imaginíficas para reconstruir, vivos y palpitantes en el contagio de los entusiasmos, esos festivales solemnes en que el pueblo iba á oir el poema nacional declamado por el Rapsoda, que, con su lauro de oro en la frente, su túnica roja como la sangre de los héroes, su gesto trágico como máscara esquiliana, su voz que murmuraba amores, que gritaba cóleras y que clamoreaba combates; y ya haciendo flotar, con la magia de las entonaciones, la cabellera inmortal de Heré en el airoso ritmo de los ondulantes versos, ya lanzando el grito triple de Aquiles con la sonoridad de un alarido de trompeta y el grito triple de Athena con la sonoridad de una imprecación de bronce, y ya arrastrando en el jadeante co-